

6  
ptas.



# El Hombre del Traje Gris

VERSION COMPLETA

EDICION PARA ADULTOS

FOTOFILM DE BOLSILLO N.º 10



# El Hombre del Traje Gris

GREGORY PECK · JENNIFER JONES · FREDRIC MARCH

COLECCION MANDOLINA

BILBAO · MADRID

Depósito legal - BI 343 - 1959

Derechos artísticos y literarios reservados

Impreso en el año 1959 en los TALL. GRAFICOS FIER  
Calle Villabona, BILBAO (España)





# El Hombre del Traje Gris

## Ficha artística

Tom Rath: Gregory Peck.  
Betsy: Jennifer Jones.  
Hopkins: Fredric March.  
María: Mariša Pavan.  
Juez Bernstein: Lee J. Cobb.  
Caesar Gardella: Keenan Wynn.

## Ficha técnica

Título original: The Man in the Gray Flannel Suit.  
Producción: Darryl F. Zanuck.  
Distribución: Chamartin, S. A.  
Dirección: Nunnally Johnson.  
Guión: Nunnally Johnson.  
Argumento: De la nove'a de Sloan Wilson.



El tren estaba llegando a su destino, la estación terminal de South Bay, ciudad del Estado de Connecticut. En uno de sus vagones viajaba Tom Rath, junto a su habitual compañero de asiento, un obeso sujeto llamado Hawthorne. Ambos regresaban a sus hogares después de haber permanecido trabajando todo el día en Nueva York.

—Eh... oye —preguntó Hawthorne, al encontrarse con su amigo aquel día—, ¿me dijiste hace poco que deseabas cambiar de empleo?

—Pues... no, exactamente —respondió Rath—. Lo que dije es que estoy contento en la Fundación, pero es que el dinero apenas si nos alcanza.

—Te lo pregunto porque quizá pudieras colocarte donde yo trabajo, en Emisoras Reunidas.

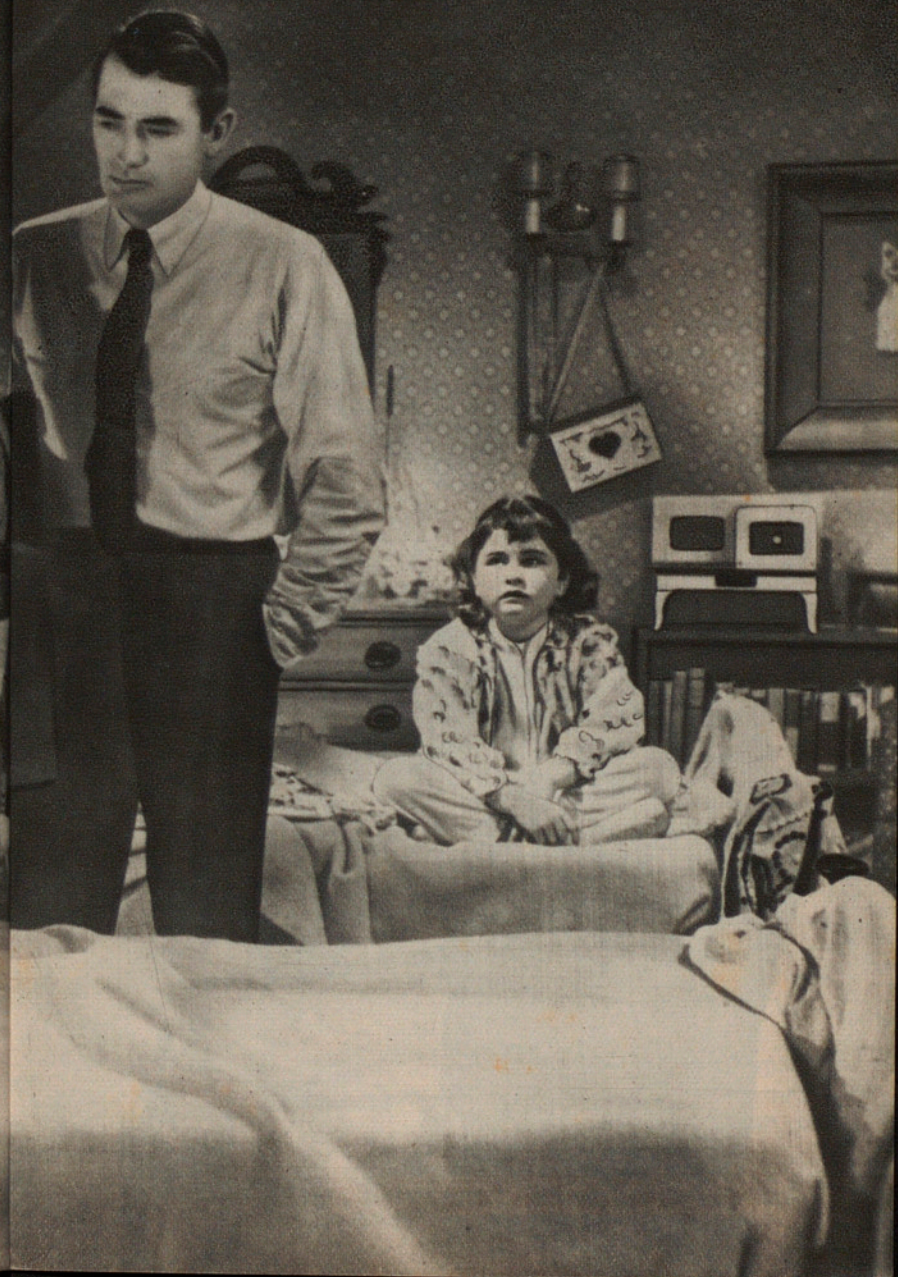
—¿Cuánto me pagarían?

—Pues... no se. Ocho o diez mil, supongo.

—¡Ya lo creo que me vendrían bien ocho o diez mil! —confesó Rath, pensando en la alegría que le daría a su esposa si el proyecto se con-



.. TENGO VIRUELA..







..¿QUÉ CLASE DE NIÑOS TENEMOS?..

virtiera en realidad. La verdad era que Tom Rath se hallaba satisfecho con los siete mil dólares anuales que ganaba en la Fundación donde trabajaba. Con ellos, se consideraba rico, pues constituían el sostén de su gran obra, su verdadera ilusión: su familia, compuesta de su esposa Betsy y de sus tres hijitos; Janey, Bárbara y Pete. Su actual empleo era seguro... y Rath otorgaba todo su gran valor a esta seguridad, él, que había vivido horas trágicas en la guerra y sabía lo que era perder aquélla.

Betsy le esperaba con el coche, y juntos regresaron a casa. Durante el trayecto, ella le fué dando el parte familiar del día: Bárbara estaba con varicela; la lavadora se había estropeado definitivamente... Se miraron y sonrieron felices. Al llegar a su hogar, una simpática casita de las afueras de la ciudad, el pequeño Pete les salió al encuentro...

—¡Papá, Bárbara tiene varicela y todos vamos a cogerla! —anunció, muy emocionado—. Mamá me lo ha prometido.

Tom subió al dormitorio de los niños. En su camita, se hallaba Bárbara con cara de aburrida.

—Tengo viruela —dijo,



...SUBIÓ EL PERRO AL DORMITORIO...



—Varicela, cariño —aclaró su padre—. No lo pongas peor de lo que es. ¿Estás segura de que no te pintaste las manchas tú misma?

—De veras que no, papá —aseguró la niña.

—¿Va a morirse? —preguntó, sentada en la otra cama, Janey.

—Claro que no —dijo Tom—. La gente no se muere de varicela.

—Yo creo que se va a morir —insistió Janey.

—¿Quieres callarte ya? —suplicó su padre.

Pero la niña siguió rezonando que «creía que se estaba muriendo». Por otra





parte, Pete quiso llevarse el perro a su cama, y como se lo prohibieran, expresó sus deseos de que «todos se muriesen».

—¿Qué clase de niños tenemos? —preguntó Tom a su esposa, al bajar a la cocina: —¿Sepultureros?

—No son malos —dijo

Betsy—. Es que están un poco nerviosos.

En aquel momento, llamaron a Rath al teléfono. Cuando regresó de nuevo con Betsy su rostro denotaba preocupación.

—Era Alfred —explicó—. Me acaba de comunicar que de la herencia de la abuela, sólo nos queda el viejo caserón



..EMPEZÓ A RECORDAR..

con una hipoteca de diez mil dólares. Ya me hacen una oferta de veinte mil.

—Pero vale mucho más —exclamó Betsy—. Debemos esperar.

—Mantener una casa como esa nos costaría seis mil dólares al año —explicó Rath.—

Y sólo gano siete mil.

—Pero no vas a estar siempre ganando siete mil.

—Eso quiere decir. Pudiera ganar menos.

—No puedes mirar las cosas de ese modo, Tommy. Tienes que creer que las cosas irán mejor. Ascensos, oportunidades...

—Creo que debiéramos





venderla y colocar el dinero en el Banco o en algún seguro —opinó gravemente Tom—. ¿Has pensado alguna vez en lo que sería de ti si yo muriera?

—Me moriría yo también —declaró Betsy.

—¿Y los niños?

—No quiero ni pensar en

eso. —Y agregó: Lo que yo quiero que me digas es que no piensas quedarte para siempre en la Fundación.

—Claro que no —dijo Tom, indeciso—. Pero tienes que confesar que es un empleo absolutamente seguro.

Betsy empezó a pasear por la cocina. •

—Pues, entonces, —dijo— a ver que te parece esto: Vendemos la casa de la abuela, y esta casa también, y nos compramos una bonita en un barrio bonito.

—Ya estamos con lo mismo... —suspiró Tom.

—¿Y por qué no? —protestó ella—. Si sacamos quince

mil de esta y con lo que conseguimos de la de la abuela...

—Pero, querida: ¿No entiendes?

—Lo siento, Tommy. Ya sabes que odio esta casa. Su fealdad, su tristeza... —miró fijamente a su esposo y agregó: y, sobre todo, su derrota.



—No es exactamente un palacio —concedió Tom.

—¡Es un cementerio, Tom, un cementerio de todo lo que solíamos hablar: felicidad, alegría, ambición! —exclamó Betsy, sin poderse contener—. Y yo quiero salir de ella.

—Si lo ponemos todo en el Banco... —indicó Tom, otra vez más.

—¿Y continuar viviendo aquí el resto de nuestra vida? —protestó nerviosamente Betsy.

—Quizá no lo sepas, pero hay muchísima gente en este mundo que vive mucho peor que nosotros.

—¡No, no, peor no! Quizá lo parezca, pero no es verdad. Hay cosas en esta casa... No es una casa feliz, Tommy.

Betsy se movía inquieta ante Tom, que permanecía inmóvil, observándola paciente-mente, intentando calmar aquella crisis. Las últimas palabras de su esposa no le habían agradado en absoluto.

—No creo que eso sea verdad, Betsy —dijo.

—Desde la guerra... —empezó diciendo ella.

—¿Quieres dejar de hablar de la guerra? —exclamó Tom—. Hace diez años que se acabó. Ya nadie se acuerda de ella.

—No lo creo —expuso

Betsy, con firmeza—. Por lo menos, tú te acuerdas, lo sepas o no...

Tom insistió nuevamente:

—Lo que yo sé es que no es el momento de arriesgarse.

Betsy le miró fijamente y preguntó lo que hace años trataba de averiguar sobre su marido:

—Entonces, si no ha sido la guerra, ¿qué es lo que te ha pasado a ti?

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Tom, desconcertado sinceramente—. ¿Qué es lo que me ha pasado a mí?

—No lo sé, sólo que has perdido el coraje —expuso ella, con cierta dificultad. Y agregó duramente—: En estos momentos, me avergüenzo de ti.

Tom Rath se sintió herido y no pronunció palabra. Abandonó la cocina y, muy preocupado, tomó al perro en sus brazos y lo subió al dormitorio de los niños, depositándolo en el lecho de Pete.

—Gracias, papáito —sonrió el pequeño, acariciando a su querido animal.

—Buenas noches, amigo —se despidió Tom.

La voz de Janey sonó sin- niestra:

—¿Se ha muerto?

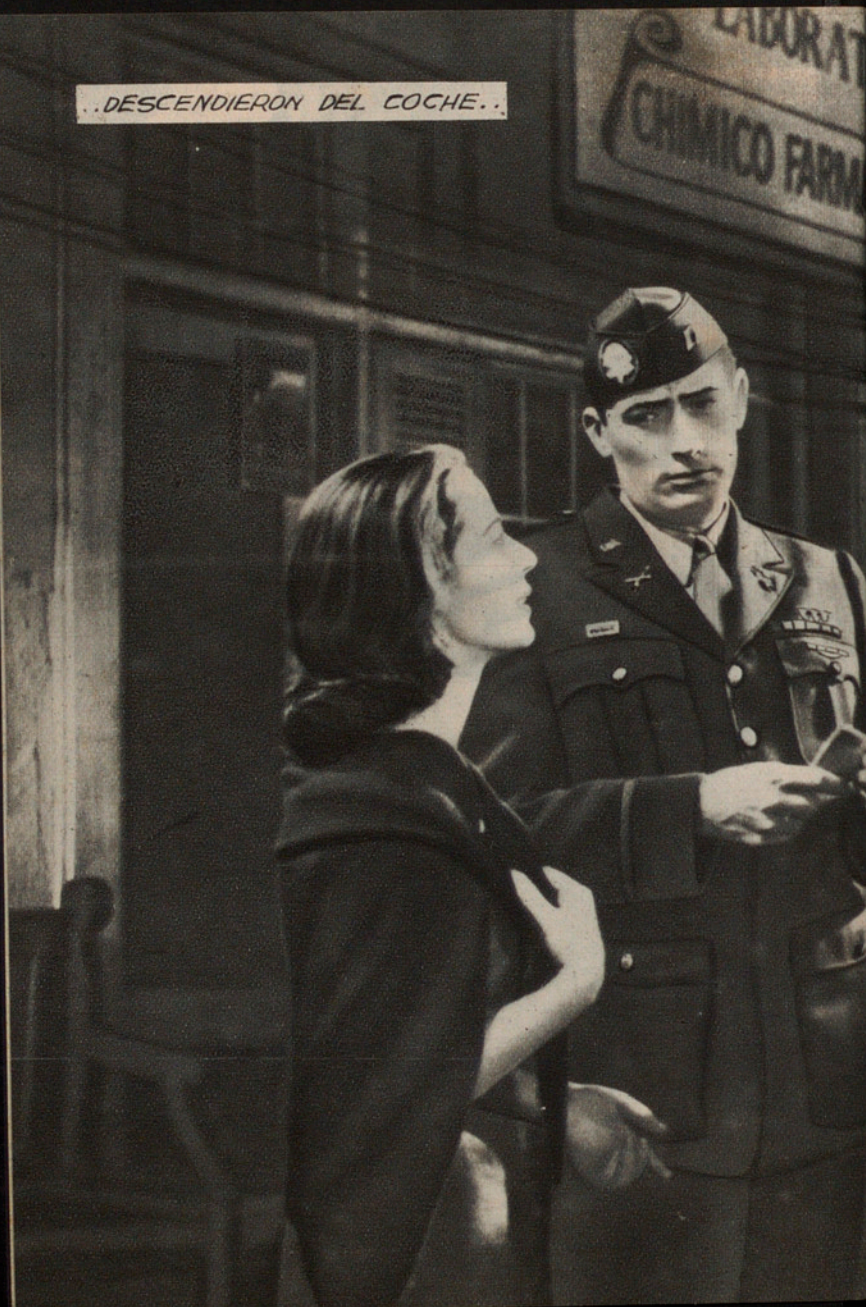
—Duérmete —le ordenó su padre.

..ERES HERMOSA..





..DESCENDIERON DEL COCHE..



Al día siguiente, como todos, Tom Rath se encontró con Hawthorne en el tren.

—Oye, sobre ese empleo en Emisoras...

—Si te interesa, puedo conseguirte una entrevista.

—¿No te importa?

—En absoluto. Tú dime cuando.

—Te llamaré.

—Cuando quieras —dijo el moftetudo Hawthorne.

Mientras éste se abismaba en la lectura de un diario, Tom Rath alzó la cabeza y miró hacia adelante, aunque no vió ni el interior del vagón ni a los demás pasajeros, sino una escena que sucedió hacía

diez años, cuando la segunda gran Guerra mundial asolaba varios Continentes... ¡La guerra! Betsy la había nombrado. Y, después, había agregado que carecía de coraje...

El, Tom Rath, se hallaba agazapado tras unas matas cubiertas de nieve, junto a su amigo Mahoney. El frío era espantoso. A veinte metros de ellos, dos confiados alemanes recibían de la dueña de una casita sendas tazas de café caliente. Pero Tom sólo se fijaba en los magníficos abrigos que llevaban. Tanto su amigo como él carecían de ellos. Y el frío era espantoso...

—¿Ves esos abrigos? —pre-



.. TOM VOLVIÓ A SONREIR..



guntó Tom a su compañero.

—Más vale que volvamos al bosque —aconsejó prudentemente Mahoney.

—Tenemos que conseguir esos abrigo —dijo Tom, con furiosa decisión—. De lo contrario, nos moriremos de frío.

—¿Estás loco? Esto está lleno de gente.

Fué inútil que Mahoney le indicara lo peligroso de la acción. La zona estaba llena de alemanes. Pero Tom se mantuvo firme: quería el abrigo a toda costa. Así, pues, abandonaron su refugio, se aproximaron sigilosamente a los soldados enemigos y, en el momento oportuno, saltaron sobre ellos, empleando los cuchillos para no hacer ruido. Tom pudo comprobar que el abrigo del alemán era muy caliente...

La soñolienta voz de Hawthorne le volvió a la realidad.

—No puedo acostumbrarme a ello —decía.

—Acostumbrarte, ¿a qué? —preguntó, con la mente un poco perdida, Rath.

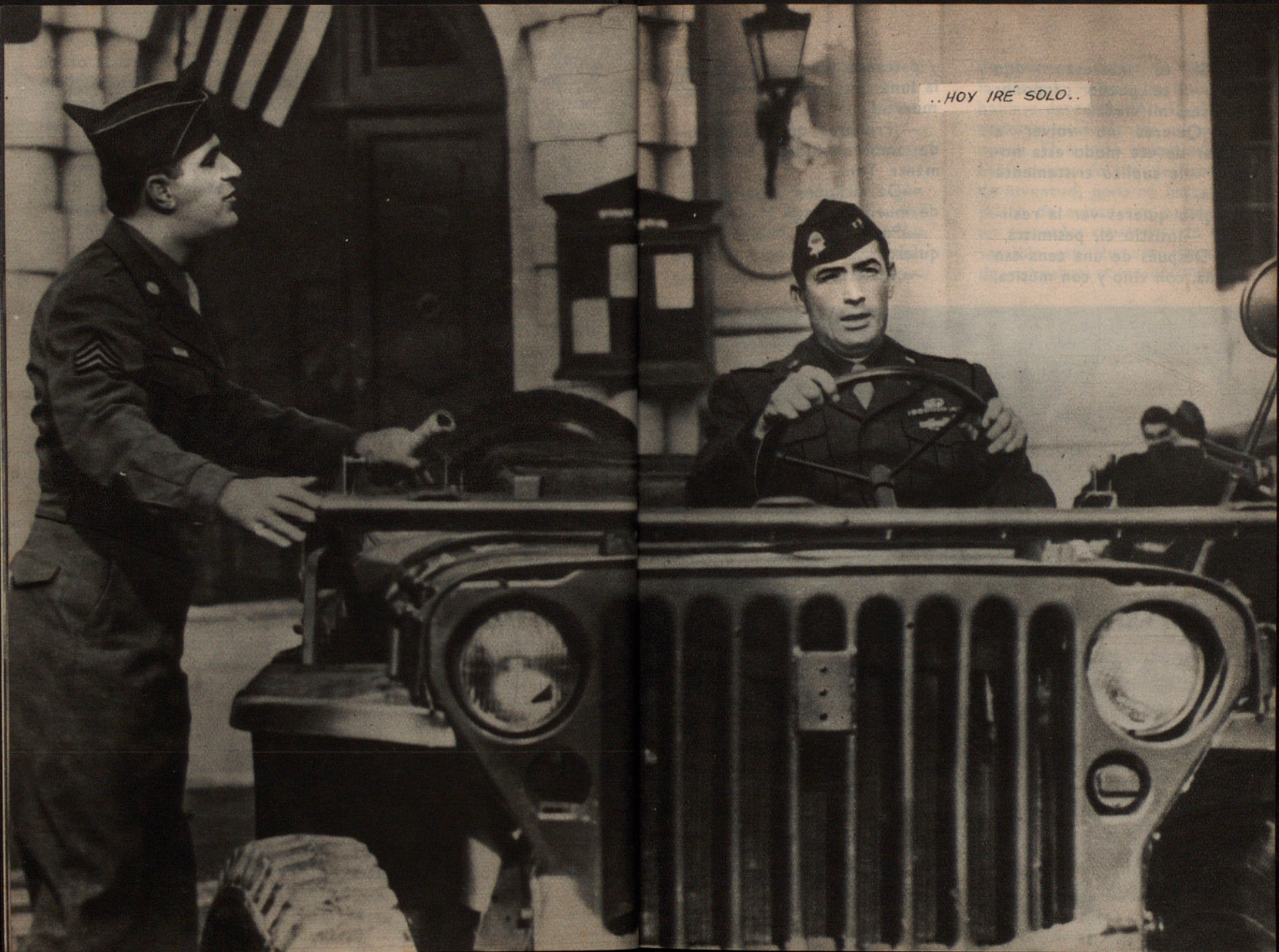
—A la idea de que sea campeón del mundo el Brooklyn Doggers —reveló Hawthorne con desolación.

El episodio con María tuvo lugar en Roma. Tom Rath era capitán en el Segundo Cuerpo de Ejército. Tanto él como sus hombres estaban esperando de

un momento a otro la orden de regreso a los Estados Unidos. Por el contrario, les comunicaron que deberían seguir luchando. Iban a trasladarles al Pacífico. La noticia quebrantó la moral de Rath, cuando creía que la pesadilla de la guerra había concluido para él. Se sintió perdido. Tuvo el convencimiento de que no sobreviviría... Entonces, conoció a María, una bella muchacha italiana. Uno de los amigos de Tom, Gardella, al verle tan abatido, se empeñó alegrarle. Le presentó a dos chicas, Gina y María. Gina era la pareja de Gardella y María sería la de Tom. Simpatizaron. El la recibió como el último bello haz de luz que venía a iluminarle su existencia, ya próxima a extinguirse, en su opinión. Dentro de pocos días, saldrían para el Pacífico. Y María estaba allí, sonriente y amable, predestinada a ser la que le mostrara lo que, dentro de poco, la vida ya no le podría ofrecer. Así pensaba Tom Rath, y se sintió como el reo al que se le concede una última voluntad antes de morir. Aunque en su caso, si bien lo admitió, no había perdido nada...

Cenaron, y luego se encontraron, solos, paseando en un coche de caballos.





..HOY IRÉ SOLO..



—Si te interesa —dijo Tom—, te puedo proponer que seas mi viuda.

—¿Quieres no volver a hablar de ese modo esta noche? —le suplicó tristemente María.

—¿No quieres ver la realidad? —insistió él, pesimista.

—Después de una cena tan buena, con vino y con música,

y paseando juntos a la luz de la luna, ¿es posible hablar de muerte?

—¿Prefieres que hablemos de amor? —indicó burlonamente Tom.

—De cualquier cosa menos de muerte —rogó María.

—Pues, muy bien: Te quiero.

—¿Quieres decir que te

agrado mucho? —preguntó la muchacha, algo sorprendida.

—No, dije que te quiero —insistió Tom.

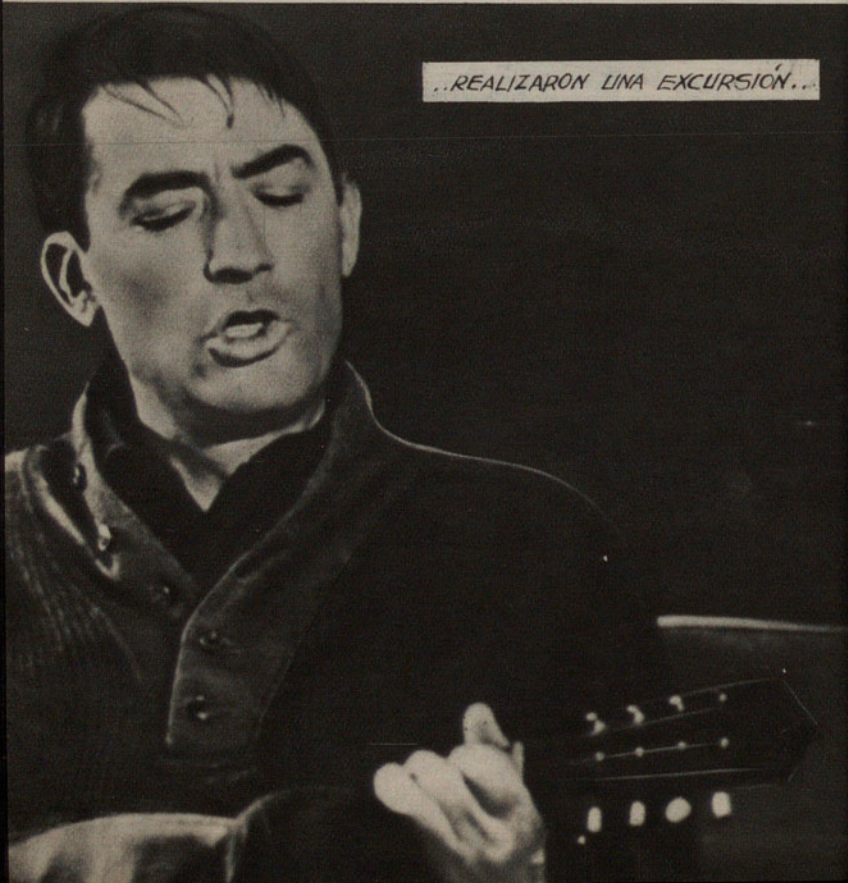
—No, no. Amor no. No tan aprisa.

—¿Por qué no? ¿Hay algún horario para el amor en Italia?

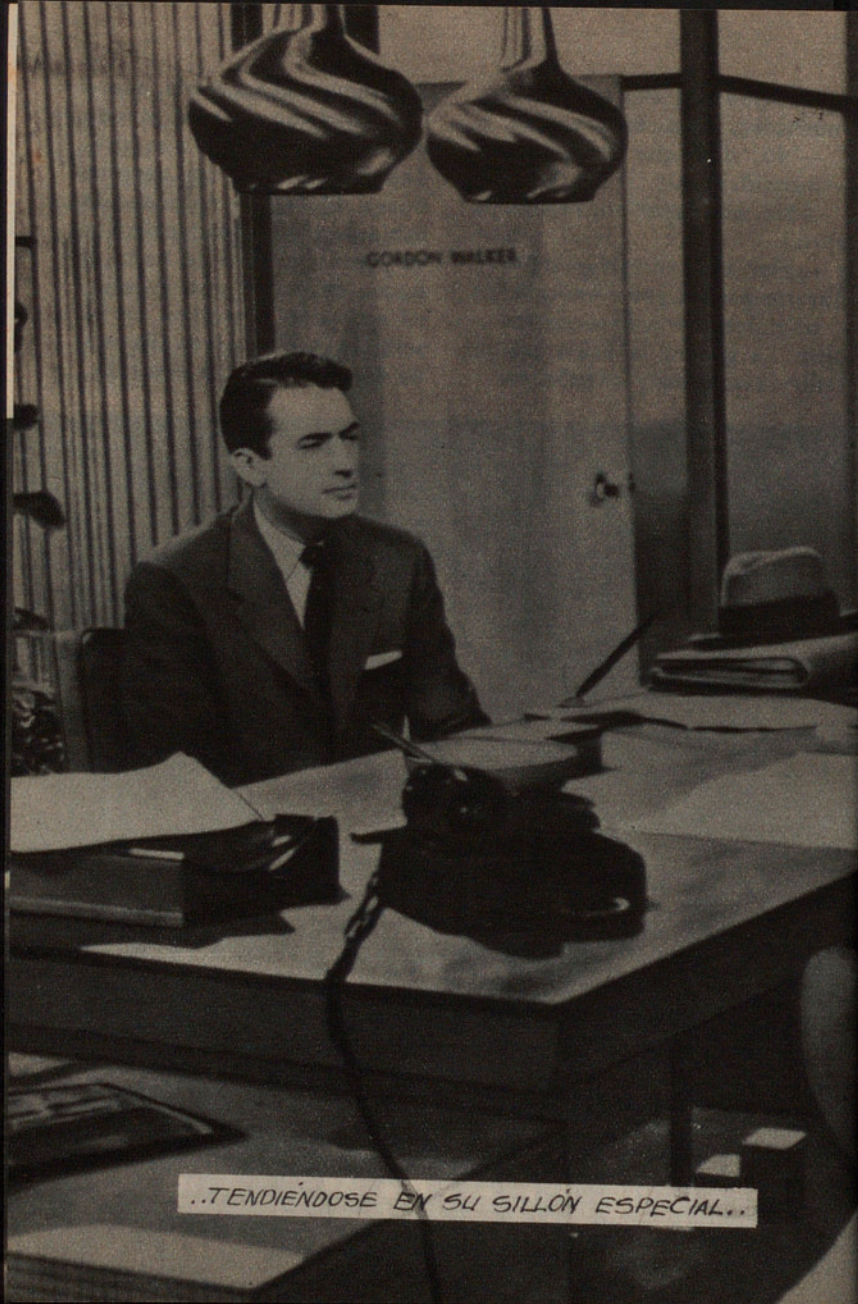
La dulce María entornó los ojos. La guerra la había tratado duramente y ansiaba ar-

dientemente hallar de nuevo la verdad. Su antiguo mundo habíase derrumbado a su alrededor y se sentía una persona nueva. El mundo enloquecido había destruido sus idealismos de juventud, pero no hasta el punto de evitar que brotase, en especiales ocasiones, de su sensible espíritu una llamita de esperanza, como entonces,

...REALIZARON UNA EXCURSIÓN...







..TENDIÉNDOSE EN SU SILLÓN ESPECIAL..

junto a aquel agradable extranjero, en el que adivinaba iba a encontrar un motivo para que la llamita no se apagara. De-seaba vivamente que así sucediese. Pero comprendía, también, que no podía exigir mucho...

—Esta noche necesito algo en que yo pueda creer —dijo,

de un modo que a Tom cautivó—. Como si me dices que te agrado mucho, o que te parezco bonita, algo que yo pueda creer esta noche. Pero no amor. No en una sola cena.

Tom se volvió a ella.

—Me agradas muchísimo, María —murmuró—. Y eres mas que bonita; eres hermosa.





—Eso es lo maravilloso de la noche —sonrió la muchacha—. Cuanto más tarde se hace, más hermosa me vuelvo yo.

Vivieron unos días felices. La víspera de la partida, María y Tom realizaron una excursión a una casa en ruinas. Llovía. Encendieron un buen fuego y hablaron ante él.

—Toda la gente que conozco, se muere o me deja —se lamentó la pobre María—. Mis familiares ya no existen. Gina y su madre son mis únicas amigas. Esta es la última noche. Ya no te volveré a ver más. Y, al poco tiempo, ni me recordarás.

—Tú sabes que no —declaró Tom.

—¿Cuánto tiempo?

—Si me lo preguntas en serio, aún no sabes lo que significas para mí.

—Pero, dílo —insistió María—: ¿Cuánto tiempo?

—Mientras viva —aseguró él, confirmándose con una profunda y dolorosa mirada—. Aunque ahora no pienso en absoluto en el futuro, ni en el pasado. Sólo en ahora, en este momento. No lo cambiaría por nada del mundo. Un buen fuego, el viento y la lluvia fuera, una botella de vino... y estoy contigo.

María sonrió tristemente.

—Creo que no podría soportarlo si te fueras y yo pensara que no me habías querido de verdad —murmuró—. Sería... sería como si me quitaran la luz. Ya no podría ver nada más. ¿De qué te acordarás?

—De este instante, de ti... —dijo Tom, sin apartar su mirada de la muchacha.

—¿Y de qué otros instantes? —quiso saber la enamorada María.

—Del primer momento en que te vi, no muy claro, pero suficiente. Y luego la noche cuando, de repente, me di cuenta de que también tú eras sincera. Y cada instante contigo desde entonces.

Hubo una breve pausa. Ambos se sentían muy dichosos, porque sabían que las palabras que se cruzaban eran sinceras. Después, María dijo:

—¿Me sentía tan sola entonces! No tienes idea. No sabes lo que es sentirse tan sola como yo entonces. Pero ahora ya no lo volveré a estar nunca. Creo que voy a tener alguien que será mío. —Y concluyó quedamente—: Mi hijo...

—¿Vas a tener un hijo? —preguntó Tom, incrédulo.

—Sí, creo que sí —declaró ella.

—¿Lo deseas?

..SE VIÓ EN EL AVIÓN..





—Rezo por él mañana y noche.

Tom la miró admirado.

—A pesar de que... —dijo.

—No hay pesar que valga —exclamó María, feliz—. Quiero a mi hijo, para tenerlo y quererlo y que me quiera a mí, espero, hasta que yo muera.

La aburrida voz de Hawthorne borró de la mente de Tom Rath las imágenes de aquella lejana escena.

—¿Quieres que te pida hora para hoy? —preguntóle.

—¿Por qué no? —accedió Tom.

—¿Qué hora?

—A mediodía me vendría mejor.

—Muy bien —dijo Hawthorne—. Llamaré a Gordon Walker, que es el director de las Relaciones Públicas. Te lo diré en cuanto lo sepa.

—Muchas gracias —dijo Tom—. Estaré en mi oficina toda la mañana.

Hubo suerte: Horas después, recomendado por su amigo, Rath se presentaba en las suntuosas oficinas de la poderosa Empresa, con las mayores ilusiones en su cartera. Le recibió el señor Walker en su despacho.

—Su amigo Bill Hawthorne habló muy bien de usted —le comunicó, tendiéndose en su

sillón especial rebatible, hasta alcanzar la posición horizontal—. Necesito descansar mucho —agregó, sonriendo—. ¿Por qué quiere usted trabajar con nosotros?

—Pues una razón es que necesito más dinero —expuso Tom tranquilamente.

—Me agrada su sinceridad.

—Y también porque deseo trabajar en un sitio donde haya más posibilidad de mejorar que en la Fundación —aclaró Tom.

—¿Escribe usted?

—Casi todo lo que se escribe en la Fundación, lo escribió yo. Informes a los fideicomisos y cosas así.

—Bueno, pues voy a decirle lo que quiero que haga. Va usted a entrar en esa habitación, va a cerrar la puerta y me va a escribir su autobiografía en una hora, todo lo que pueda recordar de usted mismo en una hora.

—¿En algún aspecto especial? —preguntó él, bastante asombrado.

—Explíquese usted a nosotros. Examine su vida y díganos que clase de persona es usted y por qué debemos emplearle. Y, al final, terminará usted esta frase: «Mi rasgo más significativo es...»

—«Mi rasgo más significativo es...» —repitió Tom.

..¿ESTÁ VIVO!!..







..UN AUTENTICO HOMBRE DE NEGOCIOS..

—Eso es. Son ahora las doce menos cinco. Procure terminar para la una. El resultado será, naturalmente, absolutamente confidencial.

Tom Rath se dirigió a la habitación que le había señalado el señor Walker, cerró la puerta a sus espaldas y miró en torno suyo. Vió una máquina de escribir y pensó que una hora acaso no fuera suficiente para escribir toda una vida. Se despojó de la chaqueta, encendió un cigarrillo y se sentó ante la máquina. Introdujo un papel en el carro y, después de dudar unos momentos, empezó: Nací el 20 de noviembre de 1920, en South Bay, Connecticut. Me gradué en Harvard en 1941. Estuve durante cuatro años y medio en el Ejército, alcanzando el rango de Capitán. Desde 1946 he trabajado como ayudante del direct...»

Tom se levantó de su asiento, dirigiéndose a la ventana. No se le ocurría nada original. De pronto, apareció un avión en el cielo. Su presencia, como le ocurría frecuentemente, le recordó los trágicos años de la guerra, cuando él mandaba un grupo de paracaidistas. Se vió en el avión, con sus compañeros; luego, se lanzaron en fila al espacio, él el primero. Ya en tierra, hubo que des-

truir un nido de ametralladoras enemigo. Con gran coraje, lo consiguieron, pero en la acción, el mismo Tom hirió de muerte con una granada, involuntariamente, a uno de sus compañeros. Quedó aterrado. Lo recogió sangrando y lo llevó al médico de campaña. «Está muerto», le dijo el médico. Pero Tom no lo quería creer. «Está vivo... Está vivo», repetía. Jamás olvidó aquel día...

Doce minutos antes de la hora señalada, llevó el escrito al señor Walker. Este recogió la hoja que Tom le tendía, descubriendo que la llenaba muy poco texto.

—¿Sólo esto? —se extrañó—. Todavía le quedan a usted doce minutos.

—He puesto todo lo que creo necesario —aseguró secamente Tom.

El señor Walker leyó lo escrito. Decía así: «Mi rasgo más significativo en cuanto interesa a Emisoras Reunidas, es que he pedido un puesto en su Sección de Relaciones Públicas, y que, después de un período razonable de aprendizaje, creo que puedo cumplir con mi trabajo satisfactoriamente. Tendré mucho gusto en contestar cualquier otra pregunta relacionada con mi petición de empleo, pero des-



.. SE RELINIERON CON TOM..





pués de pensarlo seriamente, me es imposible convencerme de que ninguna otra especulación sobre mi importancia pueda ser de interés legítimo o de valor para Emisoras Reunidas».

Eso era lo único que había escrito Tom. Lo anterior, lo había roto. No le había agradado aquel juego.

—¿Algo más? —preguntó, al tomar la puerta.

—Le llamaremos cuando tomemos una decisión —comunicó el señor Walker.

En contra de sus suposiciones, Tom Rath fué llamado al día siguiente a Emisoras Reunidas. Al parecer, el tono de su petición de empleo había impresionado favorablemente al señor Hopkins, jefe supremo de la organización. El señor Hopkins era lo que se llama un auténtico hombre de negocios, de grandes proyectos, un malabarista en el arte de acumular poder. Dominaba una gran red de emisoras de televisión. Aquella era su vida. La amaba tanto, que todo lo había sacrificado por ella. Todo, incluso su propia familia. Había fracasado como esposo y como padre. Carecía de tiempo para atenderla. Sus negocios le absorbían. Se creía dueño de un poder del que, en realidad, era esclavo. Tom

Rath enseguida empezó a sentir compasión por él.

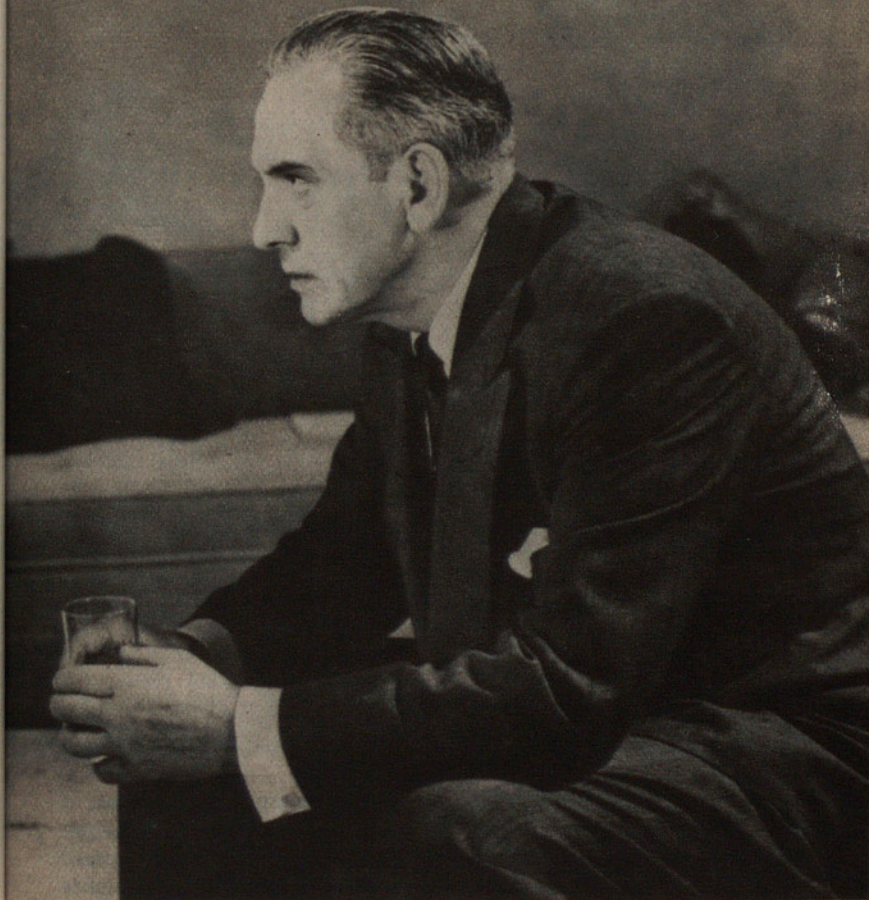
En un saloncito contiguo a los despachos, almorzaron juntos el señor Hopkins, sus ayudantes, el señor Walker y el señor Ogden, y Tom. El primero informó a éste acerca de una campaña que estaba en estudio, en pro de la salud mental del país, campaña que organizarían, naturalmente, Emisoras Reunidas. Por su parte, Tom emitió algunas ideas personales. Hopkins le escuchaba con atención...

Al concluir la jornada, ya en su hogar, Tom refirió a su esposa la entrevista que acababa de tener en Emisoras Reunidas, indicándole que muy posiblemente el empleo sería suyo.

—Siento mucho lo de anoche, mi vida —dijo Betsy, avergonzada.

—Quizá me lo mereciera —sonrió Tom—. Bien: Supongo que, en cierto modo, he cambiado desde la guerra. Yo era lo que tenemos que tener en nuestro país, lo que llaman un ciudadano soldado. Un día un hombre toma el tren de las 8,26, al siguiente está matando gente, y unas semanas después a tomar otra vez el tren de las 8,26. Sería algo asombroso que el hombre no cambiase de alguna manera.

..HOPKINS LE ESCUCHABA CON ATENCION..



—Lo que yo quiero decir es que, a veces, estás tan lejos de mí... —se lamentó Betsy. —Eso no es verdad, que-

rida —aseguró efusivamente Tom—. ¿No sabes que te quiero más que he querido a nadie en el mundo?





...NO VUELVAS NUNCA A DECIR ESO...

—Espero, con toda mi alma, que sí. Yo te quiero más de lo que puedo expresar.

—¿Incluso cuando soy... demasiado prudente? —quiso saber Tom con una sonrisa.

—No vuelvas nunca a decir eso —le reprochó Betsy, abrazándole.

Días después, llamaban a Tom Rath de Emisoras Reunidas. El señor Ogden le mostró el despacho que en adelante ocuparía y pasó a explicarle en qué consistiría su trabajo.

—Será usted Ayudante Especial del Presidente —empezó diciendo Ogden—. Le

someteremos a un período de prueba de seis meses. El quid es el siguiente: Hay una gran convención médica en Atlantic City el 15 del mes que viene y han pedido al señor Hopkins que hable. Entonces es cuando vamos a intentar poner en marcha en pro de la salud mental del país, con ese discurso, una campaña

Entregó a Rath unos papeles escritos y agregó:

—Aquí tiene para que le sirva de orientación.

—Quiere decir que tengo que escribirle el discurso? —preguntó Tom, recogiendo los apuntes.

—Nadie escribe los discursos del señor Hopkins salvo el señor Hopkins —advirtióle gravemente Ogden—. Nosotros recopilamos datos, discutimos ideas con él y le hacemos un borrador. Si el discurso está bien, ni siquiera mencionará una campaña nacional pro salud mental, pero al final, toda la concurrencia se levantará como un solo hombre y pedirá no sólo que se empiece tal campaña inmediatamente, sino que sea el señor Hopkins quien la dirija.

—¿Y nada más? —quiso saber Tom, con ironía.

—Y yo no lo tomaría a broma, si fuera usted —recomendóle Ogden.

Cuando Tom Rath se vió por la noche con Betsy, ésta le comunicó que había vendido la casa en catorce mil dólares... y que, por lo tanto, tendrían que mudarse al caserón de la abuela. Tom se encogió de hombros y a él se dirigieron.

Les abrió la puerta Eduardo Schultz, viejo criado de la difunta señora Rath. Mientras Betsy se alejaba a recorrer las habitaciones, el sirviente se encaró con Tom.

—Quiero saber por qué no se me ha permitido ver el testamento de la señora Rath —preguntó, con contenida furia.

—¿Y por qué ha de verlo? —inquirió Tom, tranquilamente—. Usted no aparece en él.

—No lo creo —casi gritó el criado.

—Muy bien, vaya y véalo usted mismo. Lo tiene el juez... el juez Bernstein.

—Entonces, el testamento no es válido, porque ella me dijo que se me mencionaba.

—Ya sabe usted que la señora Rath estaba bastante alterada al final —recordóle Tom, pacientemente—. No sabía ni siquiera lo que iba a dejar. Pero le prometí a ella que me ocuparía de usted y voy a tratar de mantener mi promesa. Quiero decir que,



..TOM SE DIVERTIA CON SUS HIJOS..





por de pronto, ésta siempre será su casa.

—¿Y para qué quiero yo su caridad? —estalló Schultz—. Ella me prometió esta casa. ¿Por qué cree usted que me quedé aquí, obedeciendo sus

locas órdenes y limpiando tras ella? ¿Cree usted que yo quería a aquella vieja?

—No vuelva usted a hablar así de la señora Rath, Eduardo —le aconsejó Tom, con firmeza, advirtiéndole que el asun-

to estaba tomando mal cariz.

—Le demandaré —exclamó Schultz—. Haré valer mis derechos. O usted está haciendo trampa, o fué ella. ¡Aquella vieja loca! Era repugnante...

Tom avanzó hacia él y le

tomó furiosamente de las solapas.

—¡Lárguese de aquí! —le ordenó—. Haga sus maletas. Si no ha salido dentro de una hora...

—Me iré —dijo el criado,

..NOSOTROS RECOPIAMOS DATOS..







tenaz—. Pero mostraré mi prueba.

Bastante preocupado, Tom acudió al día siguiente a su trabajo, llevando el discurso que había preparado. Ogden lo examinó y le dijo que no daba en el clavo, que no valía. Poco después, el juez Bernstein, que se encargaba del asunto de la herencia de la señora Rath, llamó a Tom por teléfono para comunicarle que, efectivamente, Eduardo Schultz poseía una carta firmada por la anciana, por la que le dejaba la casa con sus terrenos, en pago de sus servicios durante treinta años. El juez citó a Tom para las nueve del siguiente día.

Antes de concluir la jornada, el señor Hopkins le entregó un discurso que dijo estaba redactado por varios de sus ayudantes y por él mismo. Le rogó que lo leyera y le comunicara su parecer.

De regreso a su casa, Rath lo leyó y después hizo que lo leyera también Betsy, a la que preguntó su opinión.

—¿Has escrito tú esto? —quiso saber ella.

—No importa quien lo escribió. ¿Qué te parece?

—Pues, bueno, a mí me parece aburrido... y un poco tonto.

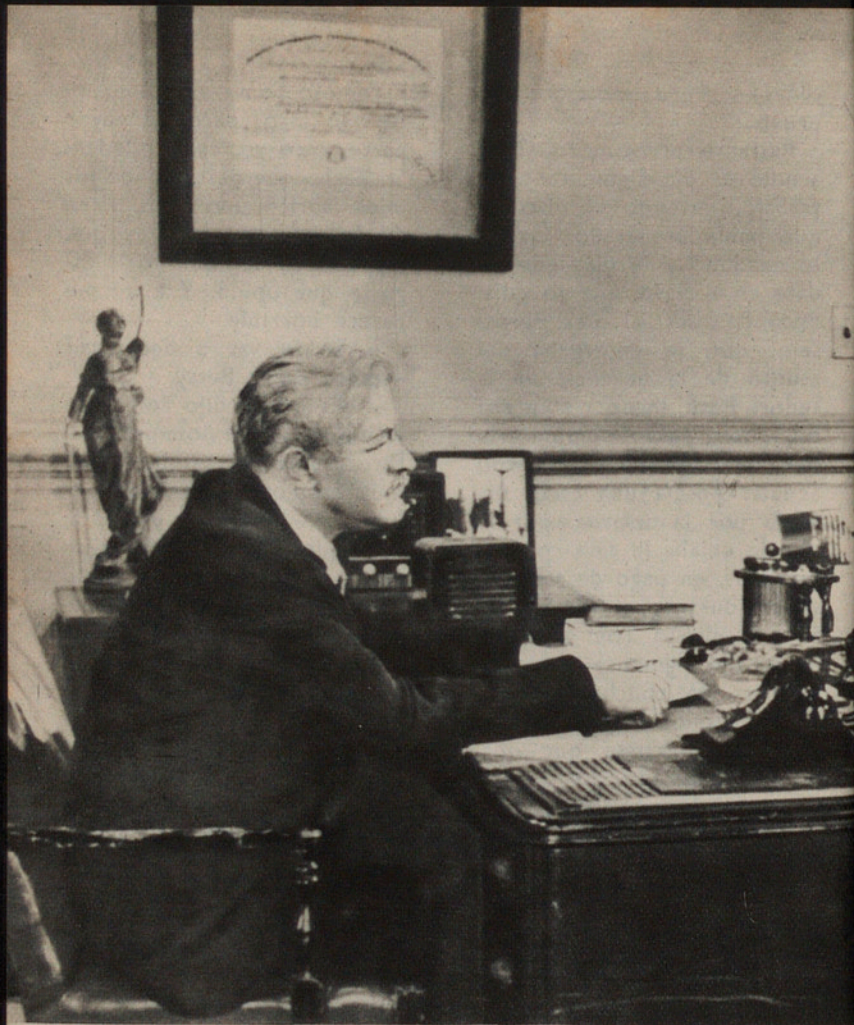
—No, no lo he escrito yo

—confesó Tom—. Hopkins intervino algo, pero la mayor parte, creo yo, es de Ogden. Sospecho que destrozando los míos fabricó uno suyo. Pero de lo que se trata es que Hopkins quiere que yo le diga lo que opino. Y a mí me parece horrible.

—¿Se lo vas a decir así? —quiso saber Betsy.

—No lo sé —dijo Tom, moviéndose, nerviosamente—. Este asunto ha resultado ser muy espinoso y lleno de peligros. He aprendido una cosa, y es que hay que saber protegerse. Hay que ir tentando el camino. Es decir, que cuando te llaman para un informe como este, empiezas con unas afirmaciones muy autorizadas y muy contradictorias. Por ejemplo, puedes decir: «Creo que hay cosas maravillosas en este discurso», y entonces haces una pausa de un segundo o dos. Si eso parece ponerle contento, entonces sigues: «y sólo hay un par de observaciones sin importancia que se me ocurren». Pero si la palabra «maravilloso» parece sobresaltarle un poco, entonces cambias y dices: «pero, en conjunto, no me parece que está logrado». Y si eres suficientemente listo, puedes terminar diciéndole exactamente lo que quiere oír.





Mientras hablaba, Betsy le había estado observando inmóvil, con un asomo de cólera en sus ojos.

—Pero no es eso lo que vas a hacer, ¿verdad? —pre-

guntó, y esperó la respuesta impaciente.

—No lo sé —murmuró Tom, frotándose las manos.

—¡Que no lo sabes! —exclamó Betsy, irritada.



..LLEVARIA EL ASUNTO A LOS TRIBUNALES..

—Tengo que protegerme, ¿no? —expuso él.

—Pues te diré mi opinión: Todo ello me parece repugnante.

Así diciendo, Betsy se di-

rigió resueltamente hacia la puerta. Tom la detuvo.

—Espera un momento. ¿Qué te pasa?

—No se trata de lo que me pasa a mí, sino de lo que



te pasa a ti —dijo ella, furiosa—. ¡Pensar en semejante truco rastrero!

—¿Y qué piensas que debo hacer? ¿Entrar y decirle que su discurso es una farsa y que me saquen de una oreja?

—¿Y cómo sabes que te sacarán de una oreja? ¿Es un hombre tan poco honrado?

Ahora fué Tom el que estalló, perdida la paciencia.

—¡Y yo qué sé si es honrado! Eso es lo que pasa exactamente: no tengo la menor idea de quién es allí honrado y quién no.

—Pero tú debes ser sincero, honrado. Este discurso puede hacer o deshacer una campaña muy importante para la salud de nuestro país. ¿Vas a decirle tu opinión sincera?

—Ocupo actualmente uno de los puestos más importantes de la organización, junto al mismo Hopkins. Y le he caído bien, lo sé. ¿Quieres tratar de recordar lo que eso puede significar para nosotros si sabemos manejarlo con cuidado?

—Si lo manejas con cuidado y honradez, sí —indicóle gravemente, Besty.

Rath la miró fijamente. Sabía que ella llevaba toda la razón, pero, al mismo tiempo, trataba de hacerle comprender su pensamiento. Besty.

..¡CERRAD LA TELEVISIÓN!..





quería mantenerse dentro de una rígida honradez, que podía resultar muy peligrosa. Tom buscaba la seguridad para los suyos, a cambio, incluso, de falsear su opinión; creía pisar la realidad.

—¿No eras tú la que querías más dinero, una casa nueva y terminar con las preocupaciones semanales? —preguntó, con cierta violencia.

—Y aún lo quiero —aseguró Betsy—. Pero... pero no era solamente eso. En realidad, lo que yo quería era que tú salieras y volvieras a luchar por algo como el hombre con quien me casé, y no que te conviertas en un cobista rastro.

Tom se sintió ofendido. Pero dejó a un lado sus sentimientos y se encaró con ella.

—¡Eso está estupendo! —exclamó—. Pero piensa un minuto o dos: Cuando un hombre se siente muy seguro, con dinero en el Banco y otros empleos esperándole, es fácil ser valiente y lleno de integridad. Pero cuando tiene mujer e hijos que mantener, y lo único que posee es su empleo, ¿qué crees que debe hacer?

—¡Yo sé lo que haría yo!

—Y a propósito, hay otra cosa —siguió diciendo Tom—. Es posible que esta casa no

sea nuestra. Eduardo ha aparecido con una carta de la abuela, dejándosela a él. Creo que no debes olvidar esa circunstancia cuando me hables sobre nobleza.

Betsy suspiró. No había sido derrotada por las opiniones de su esposo, sino por algo más triste que vió en él: su derrota, su falta de valor.

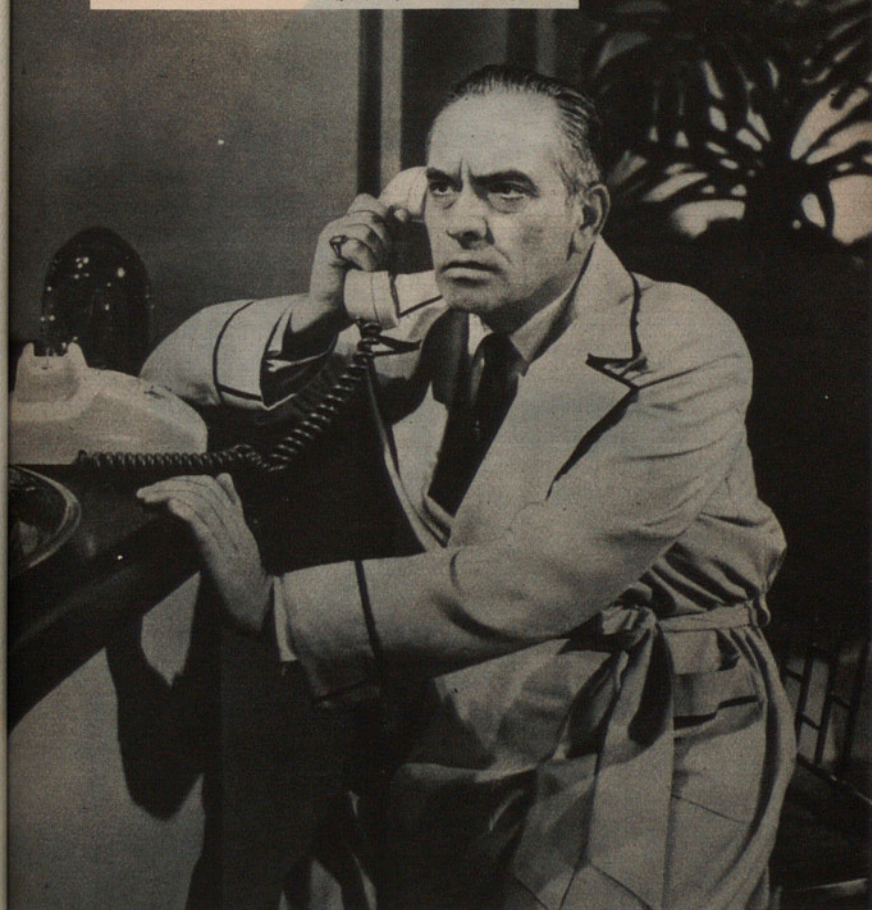
—Bueno —admitió, quedamente—. Inténtalo. Pero no creo que te resulte.

—Déjame a mí —dijo Tom—. Nunca quise entrar en esta carrera de ratas, pero ya que estoy en ella creo que sería un idiota si no juego como los demás.

—No puede haber tranquilidad de espíritu sin honradez —Betsy se mostraba visiblemente contrariada—. Y yo siempre he pensado que eres un hombre decente. Ahora mismo me estoy preguntando cuánto tiempo tardarás en decidir que es mucho mejor y más sencillo no decirme la verdad...

Al día siguiente, a las nueve, Tom Rath acudió al despacho del juez Bernstein. En él halló también a Schultz. El buen juez advirtió al criado que sospechaba que se había valido de malas artes para conseguir la firma de la carta en cuestión, la que el mismo Schultz habría

..SU HIJA SE ACABABA DE CASAR..



escrito y hecho firmar a la anciana, aprovechándose de su casi absoluta ceguera, convenciéndola de que se trataba de una nota sin importancia. Pero el sirviente se mantuvo en su postura primitiva: llevaría el asunto a los tribunales. La

reunión conciliatoria había fracasado.

Aquel mismo día, Tom se vió sorprendido con una llamada del señor Kopkins, citándole en su propia casa. Tom acudió y el Presidente de Emisoras Reunidas le recibió





amablemente, como siempre.

—Ha sido usted muy atento viniendo, Tom... ¿Pudo ya leer el borrador?

—Sí, lo he leído un par de veces —declaró Rath.

—Magnífico. Y su versión, ¿está muy adelantada?

—Hice cinco en total.

El señor Hopkins se mostró sorprendido.

—¿Y al señor Ogden no le gustó ninguna? —quiso saber.

—Dijo que no, —confesó Tom.

—Bueno, supongo que todos están haciendo el máximo esfuerzo para que quede perfecto —murmuró el señor Hopkins—. Tiene que estarlo, ¿sabe?

Y agregó, muy interesado en el proyecto:

—Y en cuanto al borrador, lo único que hice yo fué indicar el diapasón, el tono en que he de abordar a esos señores, un tono modesto. Sugerí que podría empezar diciendo que soy un profano que se dirige sencillamente a una asamblea de científicos, y no pretendo ser otra cosa; ahí creo que hemos cogido el matiz perfectamente, ¿no cree?

Tom Rath pensó un instante antes de responder. Había llegado el momento de pronunciarse en el problema motivo

de la última discusión con su esposa. Miró fijamente al señor Hopkins y dijo:

—Perfectamente.

Reconoció que se acababa de convertir en un rastrero adulator. Se sintió molesto y volvió la cabeza.

En aquel momento llamaron al teléfono al señor Hopkins, para comunicarle que su hija se acababa de casar en secreto, lejos de los suyos. Su rostro se ensombreció. Su eterna preocupación acerca del abandono en que siempre había tenido a su familia, le asaltó.

—Mi hija acaba de casarse —anunció a Tom, con triste sonrisa—. Qué picarona: se fugó.

—Así es más romántico, supongo —expuso Rath.

—Ni siquiera me telefoneó —se lamentó el señor Hopkins.

De pronto, su aspecto derrotado desapareció, en parte, y volvió a ser el hombre de negocios de siempre.

—Así que le gustó el modo de abordarlos, ¿no? —preguntó.

Tom, volvió a mirar fijamente al señor Hopkins. No, no valía para aquello. Lo había creído, pero no valía. El antiguo coraje de la guerra volvió a él.



..SU MANO TEMBLABA..



—No, no me gustó —pronunció lentamente.

—No le gustó —repitió el señor Hopkins. No era una pregunta, ni quiso él formar una frase con sentido; pereció más bien un simple sonido de asombro.

—No me parece que sea ese el modo de acercamiento adecuado —agregó Tom, resistiendo su mirada.

—Me sorprende Vd. —aseguró el señor Hopkins—. Es el sexto hombre a quien le he preguntado y el primero a quien no ha entusiasmado... ¿Por qué no le parece acertado?

—Lo primero es que más de la mitad del razonamiento se limita a exponer que la salud mental es cosa importante para el país —empezó diciendo Tom, con bastante calor—, y eso no será novedad para un auditorio de médicos. Pero yo encuentro que lo peor es esa afirmación, repetida una y otra vez, que a mí me molestaría si yo fuera uno de esos médicos, porque es evidentemente falsa.

El señor Hopkins le escuchaba atentamente.

—¿Qué afirmación es esa? —preguntó.

—Que usted es un hombre muy sencillo y no enterado, que en realidad no sabe lo



...¿QUÉ QUIERES HACER AHORA?...



que está hablando. Porque si se lo creyeran, ¿por qué iban a pedirle a usted que encabezara esta campaña?... Pero no se lo creerán. Son hombres inteligentes y cultos y saben quién y lo que es usted, y toda esa parte sonará a falso, cuando lo que usted desea es aparecer como sincero.

—Entonces, no queda mucho que le agrade —dijo el señor Hopkins.

—No, señor —aseguró serenamente Tom.

El Presidente le contempló inquisitivamente.

—¿Cómo lo haría usted? —quiso saber, interesado.

—En su lugar, yo hablaría a esa gente sobre una base muy práctica. Les diría lo que estoy equipado para hacer mejor que nadie en el país. Les diría que dispongo de maquinaria para llegar a casi la totalidad de los habitantes de los Estados Unidos, y que con su consejo y su apoyo, estaría dispuesto a entregar una cantidad razonable de esta maquinaria para una campaña nacional encaminada a conseguir mejor salud mental para el país.

El señor Hopkins meditó un rato. Luego, dijo:

—¿Es así como usted lo escribió?

—Más o menos.

Tom se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Esa es una idea muy interesante —opinó el señor Hopkins—. Y se lo agradezco mucho... ¿Qué tiene que hacer?

—Si no necesita nada más volveré a la oficina.

—¿Querría beber algo conmigo antes de marcharse?

Tom descubrió en el rostro del Presidente un rictus amargo; sus ojos le rogaban que se quedase para hablar. Comprendió que necesitaba, en aquel momento, un amigo. Tom se compadeció de su soledad y dijo:

—Con mucho gusto, sí señor.

Le sirvió «whisky» y se sentaron nuevamente.

—¿Tiene usted hijos, Tom? —le preguntó, en tono emocionado, el señor Hopkins.

—Ya lo creo, tres. Dos niñas y un niño.

—Yo también tenía un hijo. Bobby. Le mataron en la guerra. Era un chico poco corriente. Sólo me dejó buenos recuerdos... ¿Para usted mucho tiempo con sus hijos, Tom?

—Siempre que puedo —aseguróle éste.

—No deje que nada le separe de su familia. Los grandes hombres de negocios que consiguen el éxito, no son hombres como usted, que trabajan



..AHORA, YA SE POR QUÉ..



de nueve a cinco y luego van a casa con su familia. Los grandes hombres de negocios son como yo, que dan todo su esfuerzo, que viven para el negocio en cuerpo y alma. Mi error ha sido ser uno de esos hombres...

Tom se despidió del señor Hopkins compadeciéndole sinceramente. Al día siguiente, recibió la sorpresa de ver como encargado del ascensor de la oficinas, a su antiguo compañero de armas, Gardella, quien le expuso sus deseos de hablarle. Se trataba de María. Sí, aquella muchacha italiana que Tom Rath trató durante la guerra. Tenía un hijo de nueve años. Y pedía a Tom ayuda para educarle. Le enviaba una carta y una foto del chico. Rath quedó aturdido. Aseguró a Gardella que haría todo lo posible por ella.

Por la noche, en su casa, dino a Besy:

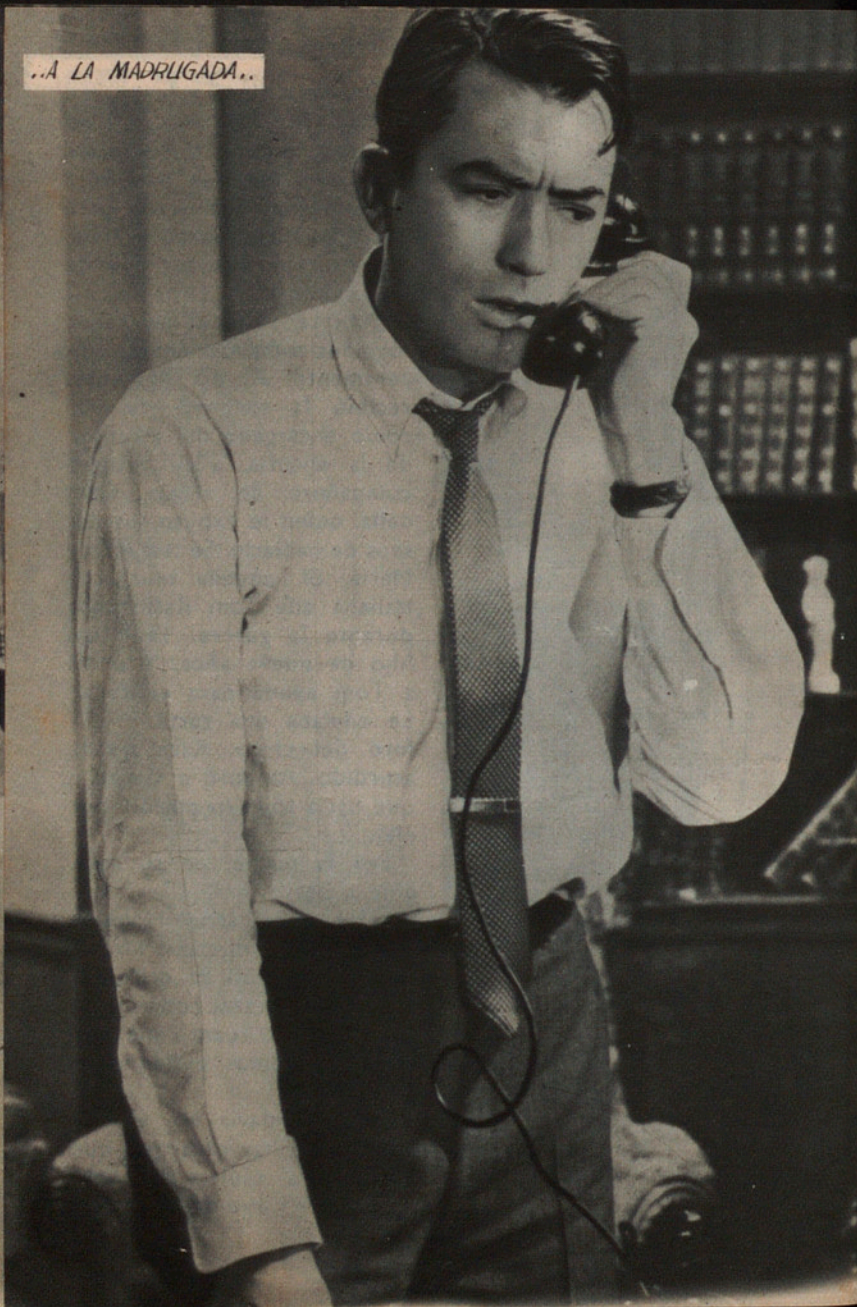
—He visto al señor Hopkins esta tarde. Le dije que no me parecía acertado su discurso.

Betsy le abrazó, conmovida.

—Querido, cuánto me alegro. ¿Y estamos pidiendo limosna?

—No. Todavía no, al menos... Pero hay otra cosa que no me va a resultar fácil tampoco. Otro rasgo de honradez.





Betsy advirtió la gravedad de las palabras de su esposo. Le miró y le animó a continuar.

—Muy bien, adelante.

—Es el único medio de que se enderecen nuestras vidas... Tengo otro hijo, Betsy. En Roma. No lo he sabido hasta hoy.

Ella miró a Tom sin comprender lo que decía. Cuando habló, sus palabras sonaban como si no pertenecieran a ella, sino a otra persona. Tomó la carta y la foto que Tom le ofrecía, y su mano temblaba al hacerlo.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó.

—Deseo ayudar al niño. Pero, sobre todo, quiero un poco de comprensión por tu parte. No sé cómo hacerte ver las circunstancias de entonces. Conocí a esa chica cuando estaba seguro de que nunca más te iba a ver. Estaba convencido de que me iban a matar en el combate siguiente. Y tenía miedo. No puedo describirte el terror y la desesperanza que sentía.

Betsy, reaccionando, empezó a pasear nerviosamente por la estancia.

—Y pensar que durante cuatro años estuve esperándote —exclamó, desolada—, creyendo que amor significaba

fidelidad. ¿Qué idiota, verdad? Siempre pensando en lo maravilloso que sería cuando volvieras de nuevo. Pero no lo ha sido, y ahora ya sé por qué.

—No estoy pensando en ella, es el niño —casi gritó Tom—. No te he querido en mi vida tanto como te quiero en este momento, y nunca he querido en mi vida nada como en este momento tu comprensión. Me dijiste que fuera honrado y estoy siéndolo.

Quiso estrecharla entre sus brazos, pero ella le rechazó con indescriptible furia.

—¡No me toques! —gritó. Y salió de la habitación con el corazón destrozado, corriendo, tratando de huir de aquella terrible revelación.

Tom la siguió, pero cuando llegó a la puerta de la casa, ya Betsy había subido al coche y se lanzaba carretera adelante...

No regresó en toda la noche. Rath no durmió, esperándola con impaciencia. Por fin, a la madrugada, le avisaron de un puesto de policía, en el que se encontraba su esposa. Tom debería llevar el permiso de conducir, para que Betsy saliera a la calle.

La esposa había recapacitado durante aquella terrible noche. Su semblante se había serenado. Horas después, acu-

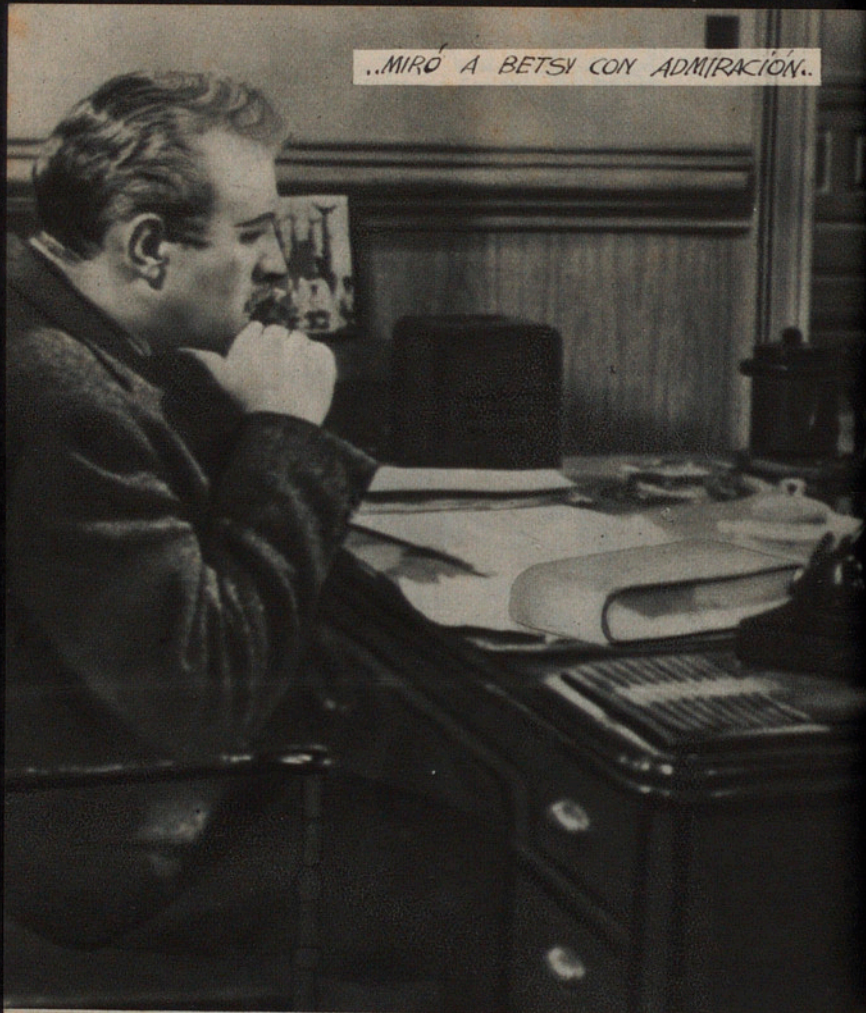


..EN UN PUESTO DE POLICÍA..





..MIRO A BETSY CON ADMIRACIÓN..



dían ella y Tom al despacho del juez Bernstein, a quien, después de explicarle el asunto, rogaron se encargara de enviar cien dólares todos los meses a María. El juez comprendió todo y miró a Betsy

con admiración. «Es una gran mujer», pensó. Seguidamente, les notificó que el asunto de la casa se había resuelto favorablemente.

—Ha sido un gran honor para mí conocerlos —les ase-



guró, cuando se despidieron. Y agregó en tono emocionado:— Debió ser en un día como este cuando el poeta escribió: «Dios está en el cielo y el mundo está en paz»... Juntos, muy unidos para

siempre, con sus almas diáfanas y sus conciencias tranquilas, Betsy y Tom regresaron a su hogar, al lado de sus hijos...

*Fin*



**PROXIMAMENTE**



**GIGANTE**



## TITULOS PUBLICADOS

6

- 1 EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI
- 2 ¿DONDE VAS, ALFONSO XII?
- 3 SAYONARA
- 4 PAPA PIERNAS LARGAS
- 5 TU Y YO
- 6 ANASTASIA
- 7 EDDY DUCHIN
- 8 DUELO DE TITANES
- 9 LOS CARNETS DEL MAYOR THOMPSON
- 10 EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

## EN PREPARACION

Gigante	El rey y yo,
Cita en Hong-Kong	El mundo es de las mujeres
etc, etc.	

FOTOFILM DE BOLSILLO